

blica Argentina, pidiéndole trabajo y tierra, las suponia yo ya; pero allí pude comprobar mis sospechas todas.

El pueblo de Boada desea marcharse, en su casi totalidad—aunque llegado el caso no tenga la resolución de hacerlo—y desea marcharse, porque lo echan.

No es el único caso, sino que son muchos en esta provincia y las vecinas, los pueblos que se despueblan. Familias enteras emigran. Pueblo hay que son menos los que quedan que los que en poco tiempo se han ido. En otro, de veintidós mozos que debieron entrar en quinta, no ha quedado sino uno.

Y es que los echan. Los echa la egoísta codicia de los dueños de la tierra patria; los echa el proceso económico de concentración de la propiedad territorial; los echa la conducta de las clases ricas. No es a ellos, pues, a quienes hay que predicar patriotismo, sino a todos los señorones—entre ellos, duques, condes y marqueses,—que no conocen sus propias tierras, como no sean ellas cazaderos, en que se priva de sustento a hombres, para que vivan conejos, liebres y perdices, y no hacen sino subir las rentas, evitándose, mediante administradores, el tener que oír las quejas y súplicas de sus colonos.

El pueblo de Boada se compone en su casi totalidad de jornaleros del campo, que ganan, cuando ganan, siete reales, ó bien tres en dinero y el mantenido. Cuando tenían sus tierras comunales, su dehesa, su baldío, aún podían sostenerse, aunque hasta en ese caso aprovechaban la dehesa los riquillos, los que tienen ganado que mandar á que en ella pasten. Pues aun en el caso de la tierra común surge la diferencia entre los que poseen hacienda y los que no la poseen, siempre que á éstos no les sea reconocido el derecho de roturar la parte que les correspondía para sembrar en ella. A lo cual se opondrán siempre los otros, los dueños de ganado, que buscan aprovechar ellos la tierra comunal toda, dedicándola á pasto.

Mas aun así y todo, cuando tenían tierra comunal podían vivir con desahogo algunos dueños de ganado aunque no de tierra propia, y dar trabajo á los otros. Pero vino aquel bárbaro proceso de violenta individualización de la tierra, vino aquel trágico soplo que arrasó casi todo lo que quedaba del régimen comunal, y á Boada se le vendieron tierras por valor de un millón de reales. Se les quitó todo, hasta las eras. Solo se les dejó las casas, el casco del pueblo.

A cambio de esa venta se les debe láminas, esas vergonzosas y miserables láminas que representan la corroboración de los funes latifundios, pero aún no les ha llegado el turno de cobrarlas, y aunque las cobrarán se remediarán con poco eso. Podrían levantar las cargas municipales, pero éstas no pesan sobre aquellos, que reducidos á un mínimo de salario, no cabe restarles de él.

Se vendió á los pueblos sus tierras comunales, la propiedad fué concentrándose en manos de los poderosos y fué subiendo de una manera atarredora. Las rentas han duplicado, triplicado y cuadruplicado en pocos años, pero el valor en venta de las tierras ha subido mucho más aún. Y así se ha hecho la tierra inaccesible al labrador modesto; más inaccesible al pobre. Por mucho que ahorre no puede hacerse dueño de un cacho de tierra. Se capitaliza ésta del cuatro para abajo; al tres y medio, al tres, al dos y medio, al dos, hasta al uno. Yo mismo he intervenido en una venta en que una dehesa que rentaba 3.000 pesetas, se vendió en pesetas 182.500.

Se ha hablado del caso de Boada, y mi amigo Maetzú se ha creído en el deber de dirigirse á los pobres jornaleros de ese desdichado pueblo, alendoles su conducta y predicándoles patriotismo. Y no es á ellos á quienes hay que predicar patriotismo, sino á los dueños de dehesas y campos en esta y otras provincias, muchos de los cuales están despoblado sistemáticamente la patria.

El propietario no piensa sino en aumentar sus rentas, sea como fuere, y aun á costa del hambre y la miseria de familias enteras. Y como un rentero con cien cabezas de ganado le da más renta que diez con diez cabezas cada uno, tiende el propietario á tener los menos renteros que pueda. Hay quien no consiente que se divida entre dos hijos de un colono la tierra que llevó el padre, pero respeta á éste ó á su viuda mientras viven; hay quien echa á pueblos enteros, y les derriba sus casas, para convertir el pueblo en una alquería. Hace poco, un señor conde ha ordenado esta atrocidad de antipatriótico egoísmo.

Hace algún tiempo se habló de lo de Campocerrado, y se habló de ello porque fué un caso agudo. Pero los casos crónicos abundan. Sistemáticamente los grandes propietarios, entre los que figuran los nombres de muchos de esos que se dice pertenecen á la grandeza, están despoblado á España.

Dicen que la tierra no puede mantener á tantos y que vale más que viva uno bien que no diez mal, y qué son los mismos labradores los que, disputándose la colonia unos á otros, se devoran mutuamente. Lo que no puede mantener la tierra es la voracidad de renta de sus dueños. El año que mejor le vaya á un colono se le va entre la renta y el fisco más de la mitad del producto, y el año que le vaya mal, tal vez el producto entero.

Mi amigo Maetzú dice en su artículo lo

que diría si fuese diputado. Diputado tiene el distrito á que pertenece Boada, y ese diputado puede averiguar que entre esos propietarios antipatrióticos que mantienen sus tierras en forma que no proporcionen trabajo, hay algún allegado suyo que no da á roturar á los vecinos de Boada tierras de allí cerca y que son tuyas.

Aunque luego podamos hacerles algún casinito, ó un frontoncito de pelota, para que jugando alivien sus penurias. Es cosa bien estudiada por los economistas el sistema de mantener al ejército de proletarios, al ejército de reserva. Trae más cuenta al régimen dar limosna que no dar trabajo. Aquella sostiene la renta ó impide la subida del salario.

Se habla del fisco, Mayor mal que el fisco es la renta; esa horrible renta que crece sin cesar, para rendir un interés pobre á esos enormes capitales que se emplean en la compra de tierras. Aquiles Loria ha estudiado bien este terrible proceso.

Hace siglos que Plinio dijo lo de que los latifundios perdieron á Italia.

Y menos mal, aunque mal, muy mal siempre, cuando esos propietarios conocen sus tierras, y habitan en ellas si quiera parte del año, y conocen á sus colonos, ó labran por sí mismos sus prados. Pero hay próceros—¡qué bien suena la palabreja!—que en su vida han visto muchas de sus fincas, como no sean cazaderos, y ejecutan tranquilamente á los pobres labriegos y les obligan á emigrar, porque no son ellos, sino sus administradores, quienes sufren la molestia de oírlos quejarse.

¿Cómo va un labrador á esmerarse en mejorar la finca si sabe que esa mejora se la cobrará el amo en subida de renta y que al término del contrato, el dueño sacará á subasta el arriendo, oyendo proposiciones, y le echará de la finca que con su trabajo y su capital mejoró si hay mejor postor de arriendo? Y se hace el contrato con este mejor postor, esos horribles contratos á riesgo y ventura en que se sacia la brutal rapacidad y la codicia desalentada de los expatriadores que tienen arrebañado el suelo de la patria.

Cuando la duquesa de Sutherland expulsó á sus colonos para meter ovejas en sus tierras, pues las ovejas le producían más que los hombres, ya que éstos querían no sólo mantenerse y mantener á sus familias, sino vivir lo mejor posible—e dijo que las ovejas se habían comido á los hombres. Así es aquí; las vacas, las ovejas, los cerdos, y no pocas veces los conejos, las liebres, las perdices, los venados, echan á los hombres de la patria. Para que aumenten las rentas de esos señoritos, con pergaminos ó sin ellos, ó para que puedan divertirse en una cacería, tienen los pobres labriegos que pedir debajo á otra patria.

La flojera ha matado la principal riqueza de los pueblos situados en esta provincia en la ribera del Duero, y esa hermosa región está despoblándose. Se van á América. ¿Es que en España no hay trabajo y tierra para ellos? se dirá. Si, la hay; la hay en esta misma provincia, que puede mantener mucha más gente de la que mantiene. Pero no puede mantener las rentas que exigen los enormes capitales empleados en la compra de tierras; no puede mantener las crecientes exigencias de los propietarios; no puede mantener la vida ociosa y deplorable de los señoritos, con título ó sin él, que sólo visitan sus tierras para cazar en ellas conejos, liebres, perdices ó jabalíes. Por ue á los hombres los cazan con administradores, no ya con perros.

Vea, pues, el amigo Maetzú á quién hay que predicar patriotismo, si á los pobres labriegos á quien le echa la culpa codicia de los propietarios echa de la patria, ó á estos propietarios que no hacen diferencia entre un conejo y un hombre, como no sea en favor de aquél, á quien matan de un tiro y de una sola vez.

Si quiera los señores feudales vivían en sus feudos, entre sus vasallos, conociéndolos y con algún amor á aquel riuón campesino en que nacieron. Hoy un señor duque, el de Alba, manda vender el torreón, último resaca del solar de sus mayores, del solar de donde tomaron el título, torreón que da fisonomía á Alba de Tormes. Y si el mandato, cuya consecuencia hubiese sido el derribo de la vieja reliquia, no se hizo firme, fué acaso por haber alzado la voz alguno de estos periódicos, que de vez en cuando se meten en lo que uno debe meterse, es decir, en lo que se dice que no le importa.

Esto del torreón lo traigo como simbólico. Si un prócer está dispuesto á vender una venerable reliquia del solar de sus mayores, del solar á que debe su título, para sacar diez ó veinte mil pesetas del que la compra para derribarla y aprovechar sus piedras, ¿cuanto más dispuesto no estará á hacer derribar los humildes hogares de unos pobres labriegos para que pasten mejor las vacas, ó á impedir que se levanten hogares nuevos sobre las guaridas de las bestias que le sirven de diversión en sus cacerías? Y esto, aunque haya quien crea más respetable el hogar de un hombre vivo que no el torreón histórico, donde sólo anidan hoy buhos, murciélagos y alimañas.

No hay que ser duro en el juzgar, sin embargo, porque toda dureza de juicio implica injusticia. No todos los poderosos son egoístas y antipatrióticos, no. Lo hay que se acuerdan de sus hermanos desheredados de la fortuna, y al morir dejan un capital para fundar algún asilo. Con lo cual se mantiene la miseria y se corrobora á España

ña en su típico carácter de hospicio, pero se impide, mediante un proceso que ha sido estudiado con toda minuciosidad, el que al aumentar con la demanda de trabajo el bienestar de las clases obreras, mengüen siquiera por algún tiempo—y aquí no se ve muy lejos—los provechos de los feices poseedores de riqueza acaparada. Los hospicios y asilos y memorias pías son un complemento de los latifundios y del régimen de dehesas y cazaderos.

Y luego acuden al remedio de los paternalistas Gobiernos ideando trabajos para dar pan—como esos Municipios que mandan á los sin trabajo á desenchajar calles para que haya que enchajarlas después—pero cuidándose muy mucho de que no se toque en lo más mínimo á los sacrosantos derechos de los dueños de las grandes fincas y sosteniendo todo un cuerpo armado, cuya principal misión es proteger la santa institución de usar y abusar de lo que la ley declara ser de los topoderosos señores.

Por otra parte, los representantes en Cortes, los legisladores, representan á esos señores latifundioses ó son los señores mismos. Los pobres víctimas del régimen no tuvieron otro remedio sino votarlos, porque así se lo mandaron sus amos, ó porque el voto les valió una miserable limosna con que prolongar su miseria. Y luego resulta que esos que quieren emigrar, son unos vagos, unos haraganes, unos descontentadizos, gentes que piden gollerías y no saben trabajar.

No, amigo Maetzú, no; no es contra estos infelices contra los que hay que dar. Usted, mi buen amigo, cumplió un deber de patriotismo predicándoselo á los que cree lo han de menester; yo, á mi vez, creo cumplirlo escribiendo lo que acabo de escribir. Y estoy convencido de que tendríamos al cabo una patria de la que nadie quisiera separarse ni marcharse, si todos, cada uno en la medida de nuestras fuerzas, sacudiéramos la pesada atmósfera de cobardía y de mentira en que nos estamos ahogando.

Patria que no se cimenta sobre la verdad, no es patria verdadera, y yo he querido decir la verdad de una de las causas, tal vez la principal, de la expatriación de tantas familias españolas. A otro toca denunciar otras causas.

Miguel de Unamuno

Vergüenzas nacionales
4591598
Un pueblo que emigra
7-33X
Habla Unamuno

¡Qué sarcasmo y qué vergüenza! Mientras hombres políticos que en sus palabras ponen acentos de sinceridad, hablan de si se ha faltado una vez más ó no á esa farsa que tantas ignominias cubre, la Constitución, afirman que es necesario levantar de la inercia en que postrada se halla á la agricultura, á la industria y á mil fuentes más de riqueza, y otros, muchos por desgracia, desvarían, y sueñan en las glorias y grandezas, que un gran ejército y una formidable marina pudieran conquistar, conjuramos á todos la Realidad despiadada y cruel, pero necesaria, á volver los ojos á esas nuestras grandes tristezas y miserias, á esa degradación en que nuestro espíritu, moldeado en el más absurdo de los fanatismos, se halla aherrojado.

Diariamente nuestro Parlamento, el gran menliero nacional, presencia escenas análogas. Por si se han coartado tales ó cuales prerrogativas, por una alusión personal más ó menos mortificante, armanse grandes peloterías y la voz de nuestros más grandilocuentes oradores—esos seres inútiles é inofensivos—deja oír el eco vibrante de su voz, que resuena indiferente y monótona.

Y mientras, gimen los productores de toda España, porque leyes absurdas impiden su desenvolvimiento y la zarpa brutal del Fisco, cada vez más insaciable, arrebatando riquezas que hacían más llevadera la vida miserable de quienes como los vecinos del pueblo de Boada, piden á tierras extrañas al asilo y el pan que su patria les niega...

Pero no. Dejemos que la voz apocalíptica de un Maestro, de Miguel de Unamuno, resuene vibrante, enérgica, mostrando á la superficie el origen de tantas miserias.

He aquí lo que dice el ilustre rector de la universidad de Salamanca acerca de lo corrido en el pueblo de Boada, en *La Correspondencia de España*:

«Anteayer sábado 9, lei el artículo de Maetzú «Un pueblo entero que se trasladó», fui á Boada, que es el pueblo de que poco después se trata, donde pasó el día de ayer, domingo.

Las causas que movieron al pueblo de Boada, á dirigirse al Presidente de la Repu-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALES